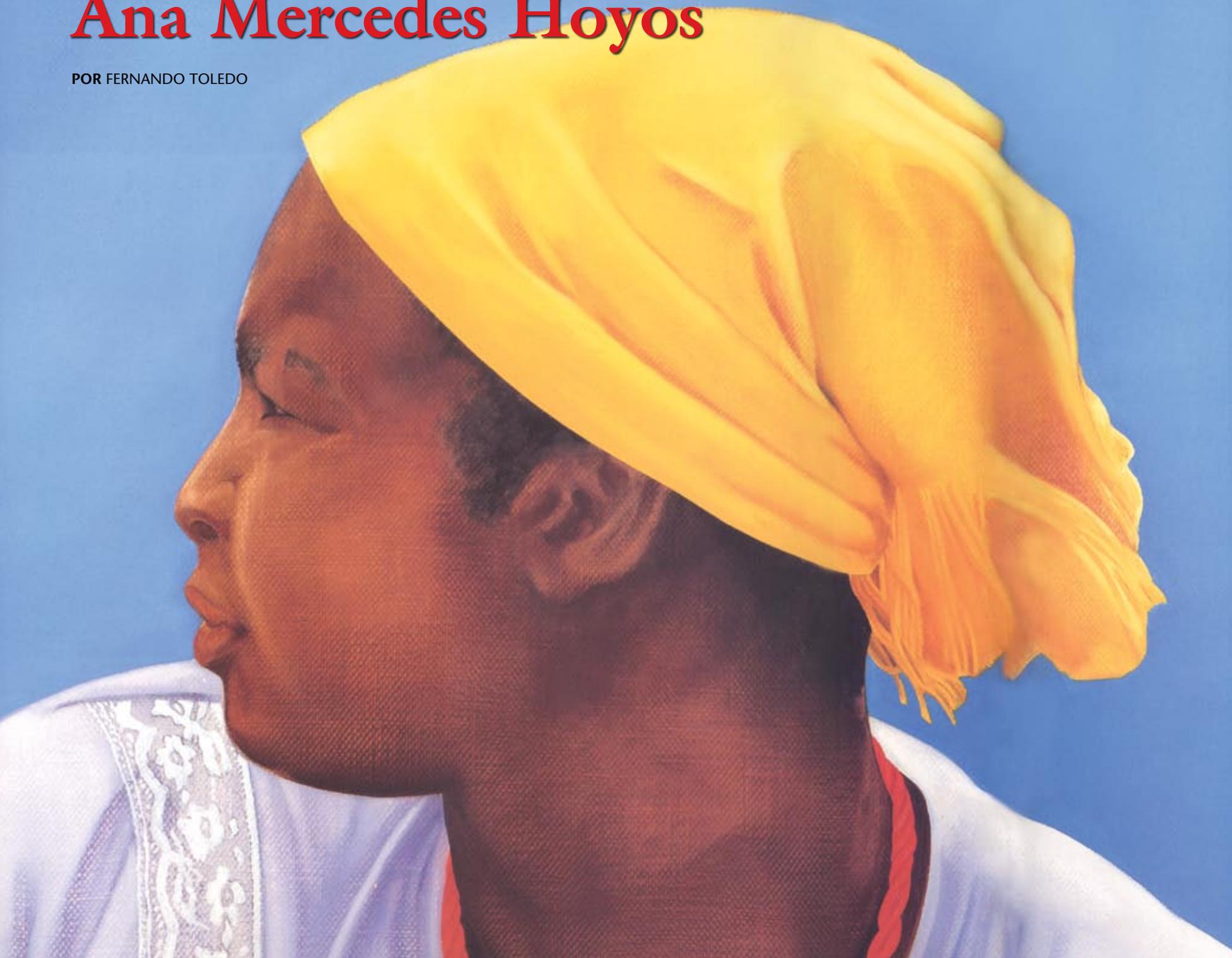


El Palenque en la obra de Ana Mercedes Hoyos

POR FERNANDO TOLEDO



Fernando Toledo
Escritor y editor de Anaconda. Comentarista de teatro, música, artes plásticas y literatura en televisión y prensa escrita. Libros: *Liturgia de Difuntos* y *La cantata del mal* –novelas–; *Verdi, el ímpetu de la convicción* –biografía–; *Orquesta Filarmónica de Bogotá, 35 años tocando el alma de la gente*, *El entramado de la coherencia*, *La mortalidad de los inmortales* y *El protocolo de lo africano en la obra de Ana Mercedes Hoyos* –Ensayos–.

Zenaida, 1990
Óleo sobre lienzo
60 x 60 cm



Atmósfera de la tarde, 2000, Díptico, óleo sobre lienzo, 100 x 700 cm

Allí se desarrolló, con el paso del tiempo, una cultura alimentada en principio por lo que iba quedando de unos códigos cada vez más remotos, pero acaso sagrados en la reminiscencia, que fueron traídos por los esclavizados de origen bantú, lunda, bachwezi o ryangombe y por otros grupos provenientes de Angola, Sierra Leona, Liberia, Congo o Costa de Marfil.

La presencia de las negritudes en América, causada por el tráfico de esclavos desarrollado por varias compañías holandesas y portuguesas a partir del siglo XVI, que contó con el asentimiento del maderamen colonial por el supuesto empeño de resguardar a los indígenas, encontró su primera gran reivindicación en los palenques, o "pueblos empalizadas", surgidos a principios del siglo XVII en las vecindades de Cartagena de Indias, y poco después en la no muy lejana Sierra de María. Los fortines de cimarrones, los primeros territorios libres de América, como suele llamárseles, no tardaron en multiplicarse en las orillas del río Magdalena, en los altozanos de Antioquia o en las selvas de la costa pacífica. Allí se desarrolló, con el paso del tiempo, una cultura alimentada en principio por lo que iba quedando de unos códigos cada vez más remotos, pero acaso sagrados en la reminiscencia, que fueron traídos por los esclavizados de origen bantú, lunda, bachwezi o ryangombe y por otros grupos provenientes de Angola, Sierra Leona, Liberia, Congo o Costa de Marfil. Tales caracteres, heterogéneos, puesto que procedían de regiones disími-

les y a veces distantes, trenzados y sumados a otros novedosos como el lenguaje, el único vínculo común aprendido de los déspotas que patrocinaron el comercio de seres humanos y la simbiosis de un cristianismo impuesto, forjaron unas expresiones peculiares que, sometidas a la inexorable oxidación del tiempo transcurrido y a la flagrante aculturación de la contemporaneidad, conforman la identidad de San Basilio de Palenque. Un ejemplo de la cultura afro-colombiana, el de acaso mayor envergadura o, por lo menos, el de mayor singladura, que se convierte, gracias entre otros factores a la mirada de Ana Mercedes Hoyos, en el paradigma de un peculiar repertorio de símbolos, de maneras aprehendidas y de formas ancestrales, que va más allá de la frialdad de las estadísticas y de la mera narración histórica para aposentarse, con la fortaleza de lo vívido, en la casi siempre esquiva memoria de la nación.

La reflexión y la sólida formación artística de Ana Mercedes Hoyos le permitieron, hace ya varios años, después de una pesquisa alrededor de la naturaleza de la luz y de indagaciones sobre las discrepancias entre la mo-

PÁGINA 37: Bazurto, 1995, óleo sobre lienzo, 200 x 100 cm

dernidad y lo urbano, modular, con la legitimidad propia de su oficio, un primer discurso sobre la identidad, que se iría llenando a posteriori de tonalidades y de matices. El fenómeno sociocultural del palenque y el soporte del estudio escrupuloso de unas costumbres llevaron a la artista a plantear en su obra, sin tardanza, la alegoría de una desmesura señalada por un derrotero de casi cuatro centurias. Esa afirmación pictórica sobre las revelaciones de una cultura que nació de la rebeldía ha sido, a menudo, de una simpleza apabullante y, por momentos, ha planteado un galimatías surrealista que ha trascendido la puntualidad de las propuestas efímeras. La búsqueda minuciosa de las características de un gueto llevó entonces a la artífice a construir una disertación de alto vuelo sobre las circunstancias de una vigorosa raíz cultural. Si el encontrón de Picasso con el arte negro fue definitivo en la formulación de algunas de las tendencias pictóricas esenciales del siglo XX, y si otros creadores otorgaron a la estética africana la categoría de cimient, el mercado de Bazurto, en Cartagena de Indias, donde los palenqueros venden su producción agrícola,

le reveló a Ana Mercedes Hoyos, mediante el despliegue de una riqueza visual, tamizada por la mixtura casi perpetua de formas y de colores, que ese abanico, que era suyo por derecho propio, habría de ser el detonante de una posición pictórica de enorme riqueza en la medida en que partía de una herencia real, aunque, por desgracia, ésta hubiera sido víctima de un apartamiento secular. Ese primer vistazo se enriqueció con una exacerbación ante la pluralidad sin perder un profundo respeto por las circunstancias. Si el punto de partida fue el coloquio con un caudal sorprendente, muy pronto el atisbo de Ana Mercedes fue descubriendo todos los vericuetos de un ámbito que se ajusta a los ideales de la búsqueda contemporánea de la significación.

A través del examen juicioso de una segregación, llena de matices la artista fue erigiendo, con el valor incuestionable de una metáfora, un acertado retrato de un inmenso segmento de un país donde es imposible eludir la pisada africana. En el tema están implícitas las manos rústicas de las mujeres y, con ellas, los brazos de recia musculatura que sustentan todo un entramado doméstico,

Si el encontrón de Picasso con el arte negro fue definitivo en la formulación de algunas de las tendencias pictóricas esenciales del siglo XX, y si otros creadores otorgaron a la estética africana la categoría de cimient, el mercado de Bazurto, en Cartagena de Indias, (...), le reveló a Ana Mercedes Hoyos, (...) que ese abanico, que era suyo por derecho propio, habría de ser el detonante de una posición pictórica...



Porcelana, 1999,
óleo sobre lienzo,
125 x 125 cm

La concordancia de colores, de texturas y de trazos tiene una eficacia imperturbable; hay una aparente simpleza, pero en el fondo se esgrime una asombrosa complejidad: surgen las estampas de un domingo cualquiera, en la resequeidad de la tierra caliente, recreadas a través de los pliegues de los vestidos del día de fiesta.

y los cuerpos de cadencias desafiantes, y el rastro de los oficios, y las expresiones, y, en una palabra, el complejo hilado de contraseñas capaces de definir un mundo. El caleidoscopio resultante se ha ido convirtiendo en el acervo poco común de una mirada singular y, al mismo tiempo, en la recreación de un legado inmenso; en un recorrido que le permite al espectador inmiscuirse en las peculiaridades de un hábitat que, por su talante y por lo que se refiere a sus orígenes, se ubica en los umbrales de la pertenencia por la enorme proximidad que guarda con el entramado social colombiano y, por consiguiente, con el americano. No hay que olvidar que a Colombia, por la geografía y por razones vinculadas con lo político y con lo social, le cabe la interpretación de ser una sinopsis del continente. En el caso que nos ocupa, basta con observar la plenitud de las frutas que guardan un equilibrio inconcebible en las palanganas de aluminio, o los bodegones que, junto al mar, llevan consigo la esencia de un trópico tanto caribeño como africano.

En una de sus cartas desde Lecumberri, Álvaro Mutis le dice a la novelista mexicana Elena Poniatowska: "¿Verdad que [los negros] son lo más grande que tiene nuestra América y que sin ellos esto sería una reservación de razas indígenas que en lugar de cantar lloran y dan chillidos y que se alimentan de maíz con sabor a ropa sucia?". A partir de una cavilación nada lejana al comentario de Mutis, el ya largo viaje de Ana Mercedes en torno a las usanzas y a los hábitos de un grupo humano tan sui géneris como los palenqueros, amén de un imprescindible valor testimonial, tiene la

pujanza de un reconocimiento rotundo; es la muestra concluyente de que ese aliento que posee una de las vertientes más enriquecedoras de América establece un coloquio con los terrenos siempre inescudriñables del arte moderno para convertirse en una nueva dimensión de una búsqueda en la entraña de la nacionalidad. Hay que mirar, entonces, la existencia a partir de los contextos donde transcurre la vida y donde llega la muerte; es preciso advertir, en toda su anchura, el regocijo de los bailes, de las conmemoraciones y de las fiestas, y descubrir los periplos del ser humano a través de un mundo abigarrado de utensilios que se cubre con una irradiación peculiar y a la vez ignota. La concordancia de colores, de texturas y de trazos tiene una eficacia imperturbable; hay una aparente simpleza, pero en el fondo se esgrime una asombrosa complejidad: surgen las estampas de un domingo cualquiera, en la resequeidad de la tierra caliente, recreadas a través de los pliegues de los vestidos del día de fiesta. En las cretonas y en las carnes se palpa el erotismo, mientras las expresiones, casi pétreas, se definen en los chaflanes hieráticos de un cubismo que remite al instante a lo africano, pero con una altivez local. Todo ello se sustenta, con un empuje inalterable, en una energía que encuadra con desenvoltura en la potestad de lo plástico y en un testimonio de índole antropológica. Es el ceremonial, erudito y cercano a la vez, que propicia un mundo lleno de sortilegio, donde el protagonismo de lo que en apariencia, y sólo en apariencia, es pormenor consigue la síntesis con el fin de precipitar la reflexión. Se redime la afrenta







Palenqueras de noviembre, 2000, óleo sobre lienzo, 150 x 200 cm

PÁGINAS 38-39: *Bazurto*, 1992, óleo sobre lienzo, 150 x 200 cm



Porcelanas del caribe, 1995, óleo sobre lienzo, 120 x 120 cm

de los siglos y se le da relieve a una armonía que, después de todo, se traduce en filiación.

Los primeros libertos que consiguieron darle forma a los palenques lograron, por encima de cualquier otra consideración, mantener vivo un temperamento y un espíritu. El reconocimiento del vigor de sus descendientes, a veces mediante el detalle, a menudo a través de lo habitual, proclama la importancia que tiene una de las fuerzas genitoras de la nacionalidad, y lo hace con la energía inescrutable del arte, una de cuyas funciones es servir de detonante de la memoria. En la obra de Ana Mercedes sobre el palenque se da la ratificación, a través de la estética, de un prin-

cipio de la convivencia según el cual no es posible dejar de lado la noción de que toda sociedad es una sumatoria de diversidades y hasta de antagonismos que se reconocen entre sí para entablar una conversación permanente. Una charla que debe permitirles entrelazarse con el objeto de hallar la riqueza del pluralismo o, en otras palabras, ese beneficio inapreciable que produce la sumatoria de divergencias. Cada pintura, de pequeño o de gran formato, los dibujos, las esculturas y los relieves, están concebidos a partir de la aquiescencia que otorga la fuerza de una tradición que, al hacer parte de la vida diaria, se convierte en un estrado ideal para darle significado

Los primeros libertos que consiguieron darle forma a los palenques lograron, por encima de cualquier otra consideración, mantener vivo un temperamento y un espíritu. El reconocimiento del vigor de sus descendientes, a veces mediante el detalle, a menudo a través de lo habitual, proclama la importancia que tiene una de las fuerzas genitoras de la nacionalidad, y lo hace con la energía inescrutable del arte, una de cuyas funciones es servir de detonante de la memoria.



El corte de la patilla I, 2001, óleo sobre lienzo, 60 x 60 cm

...construye una apología en torno a la exuberancia de unos peculios culturales que están presentes, de manera palpitante, viva y conmovedora en las entrañas de la colombianidad.

al humanismo contemporáneo, cuya tarea fundamental es la de apaciguar, en cualquier sentido, la incomunicación levantada por el olvido de los siglos. La locuacidad del trazo, la exploración de lo que en apariencia es una bagatela, pero que a la larga se convierte en la muestra palmaria de un lenguaje y en la investigación de un entorno, sobre todo lleno de poesía, como le corresponde a una expresión estética, tamizados por la firmeza de un hondo conocimiento de la jerga siempre

universal del arte, se transforma, entonces, en un medio de amarre de la identidad. Al fin y al cabo, se trata de la representación de unos espacios reales e ineludibles. El repaso de toda esa complejidad de señas es la aseveración de una perpetuidad cuyo vigor, el real y el examinado por el arte, construye una apología en torno a la exuberancia de unos peculios culturales que están presentes, de manera palpitante, viva y conmovedora en las entrañas de la colombianidad. 🌿